

Julien Gracq
LA CASA

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA

EDITORIAL PERIFÉRICA

Una docena de kilómetros antes de llegar a A., la carretera principal, que allí comienza a descender suavemente a través de unas bajas mesetas de generosas ondulaciones hacia el valle del río M., discurre, a lo largo de medio kilómetro, por una mancha leprosa en mitad de un paisaje boscoso, una superficie campestre hostil y desierta en grado sumo. En aquel entonces, durante la Ocupación alemana, viajaba casi todas las semanas desde V. hasta A. en el autocar, destartalado, abarrotado y

con olor a cerrado, que aún las unía, y, estando de pie, igual que casi siempre, en el pasillo, en el que los viajeros íbamos hacinados como sardinas en lata, era raro que, pasado el adoquinado, lleno de baches, del pueblecito de G., un secreto raptó de curiosidad no me hiciera agachar la cabeza para mirar a través de la empañada ventanilla con el fin de atisbar, en un recodo de la carretera, la desembocadura, que ahora conozco tan bien, de una honda vereda, el robledal y el mojón blanco desde el cual comenzaba la visión del paisaje más repulsivo, desolado y de lúgubre uniformidad que creo haber visto en mi vida.

Me sería difícil decir qué singularidad manifiesta atraía cada vez mi mirada con semejante magnetismo hacia aquella zona estrecha, pareja al araño de un dedo malévoló por entre unos sembradíos ordinarios y feraces. En resumidas cuentas,

apenas si era eso que en Poitou habrían llamado *barzal*, una enmarañada superficie de arboledas de robles y castaños desmedrados que primero ascendía por una suave cuesta desde la carretera y luego, más allá de una hondonada muy abierta, se elevaba hacia el horizonte por una pendiente más acusada, hasta llegar a una línea de rocas de arenisca blanquecina que acababa por romper la fina película del suelo. Un erial, el erial, eso sí, más rebelde al hacha, el más abandonado que se pueda imaginar. En mis recuerdos, aun remon-tándome al más lejano, nunca lo he visto verdear. Con su hirsuta broza, a la vez compacta y enfermiza; sin senderos ni veredas; con su leñoso suelo tapizado de hojarasca podrida; con aquellos robles enanos, que, alzando barricadas a unos pasos de la carretera con sus retorcidas y adustas ramas, impedían ver lo que había en

las profundidades, y, en todas las estaciones, desvaído por una apagada grisura caliza del color polvoriento de una tierra de brezos y hojas secas, aquello era un baldío de lo más miserable y malsano, una tierra *yerma* de la que la mirada se habría apartado como si de una sanies se tratara de no haber sido por el inesperado edificio, acaso a unos trescientos o cuatrocientos metros de la carretera, que amedrentaba a aquella fronda calcárea y nocturna como si fuera una bestia pesada acechando, solapada y avizora, en mitad de aquellas soledades.

La casa, inesperada como digo, pues en aquel rincón, el peor de un paisaje sordo y mudo, semejaba, divisada desde la carretera, una de esas mansiones pretenciosas y de aspecto mediocre que el nuevo siglo ha multiplicado en las playas de segunda categoría. La construcción, demasiado